

Manías de lo etéreo

La oscuridad no me impedía bajar los escalones, de dos en dos, atezado por el deseo de llegar rápido a la calle, mientras el zumbido de las eses, pronunciadas un tanto dilatadas, hacían que las palabras dichas, me retumbaran mucho más hondo con una mortificante sensación. Ya afuera el aguacero estaba en pleno apogeo, el viento me molestaba en la cara, estrujaba la ropa, agredíendome, pero con menor fiereza que el recuerdo de aquella tarde de enero que ahora comenzaba a taladrarme en la memoria.

La tarde cuando tocó a mi puerta, había frío. Pensé que era de nuevo Mireya con lo de siempre, no porque cuente con excepcionales facultades premonitorias, si no por lo acostumbrado de sus reclamos. Buenos días, dijo, vengo de parte de Águeda, la de la panadería, ella me habló que..., pase, pase usted, dije algo turbado, mientras abandonaba la máquina, ordenaba un poco los papeles, los libros sobre la mesa, allí, en el cálido rincón de la sala, donde, de espaldas a todo, me refugié a escribir o mejor, a darle vuelta al cuento que intentaba escribir.

De momento me pareció tímida, desamparada, tal vez por la voz un poco baja, dubitativa con que me habló, con las eses alargadas, que casi se volvían un murmullo, si está ocupado será otro día, o quizás asocié su baja estatura a una fragilidad, una levedad que desmentían las sólidas curvas de su cuerpo, que, bajo la mezclilla de la saya se insubordinaban tanto como sus ojos ávidos que recorrían el reguero de la sala, los libros en desorden, un diccionario de sinónimos y antónimos en el piso, un vaso de leche a medio tomar.

¿Es usted bibliotecario, señor? Siempre lo digo: el poder las palabras es infinito. Una muchacha me trata de señor y de pronto me confina al estanco de mi generación, donde se agolpan casi cinco décadas de vida.

¿Quieres café? le pregunto, trabajo de contador, ¿estudias tú? de momento, no, responde breve y cortante, huidiza tal vez. Desde la cocina su perfil es excepcional. Sentada en el sillón, digamos que apaciblemente, la claridad que entra por las persianas le aviva el rostro y modela mejor la media sonrisa, irónica o inocente, no se bien, la boca un poco grande, sensual, los ojos de un carmelita oscuro, que se me antojan con una chispa de desasosiego. Quieta ahí, es una imagen que me empeño en retener, una de esas para recordar en los instantes de ocio.

Son libros de trabajo? indaga, adelantando el torso, pronunciándose los senos. No, son libros de consulta, ¿vives muy lejos? digo, no, no, bastante cerca, me la puedo llevar bien, esas sillas de extensión no pesan nada, es para mi abuela ¿sabe? es que ando

buscando algo cómodo...

Sonrío. Voy a buscarla, dije. A la casa, la atraviesa un largo pasillo, en cuyo final se encuentra el closet. Registré con impaciencia, asombrado de que se acumulen tanto trasto, tanto tareco inútil: una maleta, unas frazadas, estos zapatos, la silla, al final estaba allí, recostada a la pared. Le sacudí el polvo, le pasé un paño con torpeza. Creo que mejoró, me convenzo camino a la sala.

Ahí la tienes, le digo. Ahí está ella recogida en su suéter negro, con los brazos cruzados, de pie, un poco inclinada hacia adelante, contemplativa, siéntate, pruébala, propongo, no, está bien, se ve bien, es lo que ella busca, y asiente con la cabeza, pero muchacha pruébala, insisto, ella sonrío quedamente, para trabajar en una oficina tiene garra de vendedor, dice de pronto, hay que ofrecer lo que se tiene lo mejor que se puede, me defiendo, después pueden venir las reclamaciones, tuerce ella ya con una sonrisa que le llena la cara, se le dará una bonificación adicional, agregó, avanzando un paso hacia ella, bueno es cierto, de compensaciones está llena la vida, concluye filosófica al tiempo que adelanta unos billetes, ¿cómo sabré que le gustó a tu abuela?, interrogo cuando ya había ganado el pasillo, cualquier día vengo y le digo...

Deambulé un poco por la casa, fui al baño, cerré una ventana, hasta que decidí ir al mercado para comprar habichuelas o col, o quizás alguna fruta: piña, mamey. Por el camino me sorprendí entrando a saludar a los Quintana, unos conocidos, para salir a los pocos minutos abruptamente ante el desconcierto de mis anfitriones. Mas tarde, pensé ir al cine, salir a coger aire. Al final encendí un cigarro y me tumbé en la cama, ensimismado en observar las volutas de humo que ascendían, cada vez mas anchas, hacia el techo.

La semana transcurrió con su normalidad aplastante, excepto que en el trabajo cometí algunas fallas. Olvidé pagar unas facturas, no llamé por teléfono a unos proveedores. Cosas que no iban mas allá de la jeta adusta de mi jefe. Más importancia le di a las bromas de mis colegas con aquello de a ti te pasa algo, en que comprobé, una vez más, que no hay nada inadvertido bajo el sol. No obstante, me esforcé en concentrarme en mi trabajo, llevando con rigor los débitos y créditos de mis libros, chequeando con cautela mis inventarios, adoptando una meticulosidad británica en la confección del balance. Todo el mundo mira con malos ojos a la rutina, pero al final ella se erige en el último asidero cuando la anarquía se desata.

Como cada viernes Mireya me llamó para pedirme dinero. Esta vez para unos tenis, buenísimos, decía ella, para la niña. Le comenté que esa misma noche me iría al occidente del país. Ella, fiel a su costumbre me llamó mal padre, indolente y todo ese rosario de cualidades que ha ido descubriendo tras nuestra separación, más no le puse mucha atención a su sermón. Un poco alelado estuve allá, en el pueblo de la costa donde mi madre cuida a mi abuela senil. El sábado, recostado en el sofá me sorprendió el crepúsculo que distinguía por la ventana. Fue en ese momento que mi madre hizo una pausa en la escogida de arroz en que estaba enfrascada, me miro intensamente por unos segundos y preguntó, con su mansedumbre

habitual, ¿Y tú, hijo, no estás escribiendo nada?

Entonces recordé el cuento, engavetado hacía una semana; me propuse firmemente terminarlo en cuanto llegara a la capital, pero a mi regreso la guagua retrasó tanto la salida que apenas tuve oportunidad de dormir unas pocas horas y salir atolondrado a un lunes de trabajo, fastidioso y eterno como todos.

Ya en casa busqué el cuento entre mis papeles. Lo leí una, dos, varias veces. Ubiqué los personajes, me adentré en la acción. Retomé las ideas y después seguí a las palabras. Ellas, criaturas brillantes y resbaladizas, me permitieron acariciarlas, como a animalillos dóciles, y su silbo, su canto de sirena me hipnotizó y me fui sujeto a su sonoridad amelcochada, a la falacia de su música, despegándome cada vez más y más de la línea de mi relato.... De un gesto aparte la vieja Remington.

Recordé que para el final de mi cuento yo había previsto utilizar unos versos de Pessoa; versos, que además de darle la elegancia del empaque obvio de una cita de un autor europeo, hacía que el relato tomara una forma circular, rotunda, y dirigiera el desarrollo de la trama hasta el final sin estridencias. Al olvidar este detalle, al no tener presente estos versos en mi cabeza, la historia, sin pulso, se desviaba por los atajos de mi imaginación sin bridas.

Meditabundo, fui a buscar sobre la mesa entre la maraña de libros que voy utilizando cuando hago un trabajo. Busqué libro por libro la portada oscura en que resaltaba en amarillo mate el nombre del portugués notorio. No lo encontré. Desmonté el montículo de libros, revolví de nuevo cada libro, cada papel, lo volví a armar: no aparecía Pessoa.

Caminé errático rumbo al librero del cuarto, pero detuve mis pasos. En toda la semana no había tenido tiempo de organizar los papeles de la sala: allí tenía que estar el libro de Pessoa. Volví a realizar la búsqueda, la dejé a medias; era absurda, sabía que ahí no estaba. Era imposible que desapareciera, que se evaporara de mi casa donde nadie va, donde nadie entra. Me detuve en seco reflexionando lo que había ocurrido en esa semana. Sólo una persona me saltaba a la mente, sólo alguien había entrado a la casa.

Un corrientazo me recorrió el cuerpo. Quise tumbarme en el asiento más próximo: descendía rápidamente por el pozo de las dudas, esa zona viscosa e imprecisa de la incertidumbre. No podía ser, sólo esa muchacha había estado en casa. Me quité la camisa, un calor me invadía todo el cuerpo. Como un sonámbulo, fui al refrigerador, tomé un poco de agua.

Sin embargo, ¿cuál podría ser el motivo? Realmente era un volumen delgado que recogía una antología anotada de los poemas de Pessoa, poemas que para mí tenían un valor insuperable además de por la calidad poética, por otra razón de orden práctico: era difícil encontrar en Cuba una edición de Pessoa, pues en el país no se había publicado ninguno de sus libros. El mío era un ejemplar de una edición de Seix Barral, regalo de un amigo que vivía en Nueva Delhi. Encontrar otro por estos lares resultaría casi una quimera.

Pero ¿cuál podría ser el motivo? me martillaba la pregunta. No comprendía el vínculo

entre la muchacha y el libro. A lo mejor escribía. Seguramente poemas. Los escondería tímidamente para que nadie los viera. Que nadie conociera su secreto. Los escribiría en soledad, en su cuarto, negándoles a los padres la entrada a su habitación y siguiendo el magisterio de Pessoa.

O tal vez sería una entusiasta fanática de Pessoa. Fiel admiradora de Ricardo Reis, seguidora persistente de Caerrio, diestra conocedora de los heterónimos del portugués, a los que seguramente reverenciaba con un culto exaltado, un culto que la poseía, que la avasallaba. Para alguien así un libro de Pessoa es un fetiche. De una persona así cualquier acto es comprensible. Cosas de espíritus elevados, mentes superiores, viviendo en su burbuja, una burbuja regida por ese hálito excelso de la poesía. Manías de lo etéreo. Seguramente ahora estaría extasiada bebiendo cada palabra, deleitándose en voz alta con los versos, repitiendo incesantemente sus preferidos...

Decidí buscarla, encontrarla. Me fui a la panadería, a lo de Águeda. En medio del entra y sale del local la mujer prometió averiguarme. Ella directamente no la conocía, sólo había regado la voz de la venta de la silla y tú sabes como es esto, concluyó metafísica, dibujando un semicírculo en el aire.

No muy contento con esto me decidí a indagar en cualquier sitio de la ciudad. El mundo es una aldea, recordé que repetía hasta el cansancio Mireya. La busqué por cuanto lugar me imaginaba que podría andar. Bordeando la fuente de los delfines de la india famosa. A la salida de una librería por un bulevar. Trotando junto al cinturón de mampostería con que la urbe convive con el mar. Sentada leyendo en una rotonda, bajo la protección de una virgen que rige el camino. Avanzando por una heladería populosa. Husmeando en un museo de galeones y navíos. Asociaba sitios, inventaba escenarios en que su figura sería parte natural del entorno.

La tarde, en que al llegar del trabajo encontré debajo de la puerta la nota de Águeda con la dirección, estaba muy nublada, al punto de igualarse a la oscuridad nocturna. Pero esto no me detuvo, como tampoco la visible preocupación de los transeúntes que se tropezaban a mi paso ante el vendaval que se aproximaba.

Subí de un tirón los escalones, sin importarme las tinieblas que reinaban en el interior del edificio, despintado, polvoriento. Toc toc toc, dígame. Rápido, quise encontrar en la anciana algún parecido con la muchacha. No lo había: la erosión de los años es irremediable y las arrugas, los pocos dientes, la piel ajada que tenía ante mí, sólo me hablaban del afán humano, incontenible de sobrevivir a toda costa.

-Buenos días, ¿no está Consuelo?

Un ligero nerviosismo invadió la gravedad del rostro, pase, pase, usted...

En la sala, en penumbras, se me quedó mirando, un tanto expectante; repetí la pregunta, ¿Consuelo está?

Su silencio me incitó a seguir tanteando el terreno.

-Es que necesito hablar con ella, señora...

-Disculpe, señor, disculpe. Siempre es lo mismo... siéntese, por favor...

Me hundí en el butacón al tiempo que rectificaba mi impresión: en esa voz las eses se proyectaban prolongadamente, con un zumbido, idéntico al de la muchacha, cual un atavismo familiar. Trate de captar el ambiente. Un sofá raído, en un búcaro descuidadas se agrupaban unas flores plásticas, en una esquina una mesita con pomos de pinturas de uñas, la foto de una Consuelo niña, en la quise adivinar la inquietud latente en el fondo de su mirada. Un entorno domestico, convencional, sin conexión con la joven, salvo, en una esquina, abierta, la silla de extensión.

- ¿No está ella?

- No, musitó la anciana.

- Debe estar orgullosa de ella, señora, es una joven muy estudiosa, le gustan mucho leer...

La perplejidad invadió a la anciana, que se mantuvo impávida, sin pronunciar palabra.

-Ella estuvo por mi casa... -proseguí, algo desrumbado- hace unas semanas, conversamos, pero mire, usted, señora, hay un libro que no me aparece...

La mujer, comenzó a mover las manos con nerviosismo, con un incontrolable gesto esquivo.

-Es un libro importante, bueno, por que no lo hay, pero a cualquiera le llama la atención, por el autor, sabe...

La anciana estalló con una tos que comenzando leve, se tornó, por unos segundos, persistente. De afuera llegaba el estruendo de los primeros truenos, de la lluvia que comenzaba a caer.

-Por eso yo quisiera hablar con ella, ¿a qué hora ella vendrá?

Como tomando fuerzas, de golpe, la señora me espetó:

-No, ella está en provincia, en el centro, con el marido por unos días... Perdone usted, señor, perdone... esa niña nos ha dado muchos dolores de cabeza,... desde niñita se le vio el problema en casa de las otras niñas, con los juguetes. La madre la malcrió demasiado y no la ayudó con eso; luego cuando vino a vivir conmigo, parece que era tarde...

Hizo un respiro. Tragó en seco.

-Yo estoy vieja, enferma... las quejas de la gente me cansan y no sé ni qué decir... puede ser cualquier cosa... una taza de café, un dedal, cualquier objeto que le llame la atención... dígame el nombre del libro, señor, yo se lo buscaré... en algún lado puede aparecer...escondido en cualquier lugar...en el escaparate, en el armario... a veces ni mira mas las cosas después de traerlas...

Salí como un bólido del apartamento, la oscuridad en el interior del edificio no era mayor que la confusión de mi cerebro. Ya en la calle, al caminar a paso rápido, la lluvia que me iba empapando me refrescaba, me calmaba un tanto.

No se por qué en ese momento sólo pensaba en llegar a la casa y ponerme a trabajar en el cuento, concentrarme en él, aislarme de todo. Pero a la vez, lentamente, persistentemente en mi

cabeza comenzaba a emerger la voz serena de mi madre, que cada noche de mi infancia, me dormía cantándome una melodía popular del momento: *era una cleptómana de bellas fruslerías, ¡y, sin embargo, quiso robarme el corazón...!*

Por Francisco Rodríguez ¹

Notas

¹ Francisco Rodríguez (La Habana, Cuba, 1963) – Escritor, periodista e historiador cubano. Trabaja para la Fundación Alejo Carpentier.

Crítica

Francisco Rodríguez nos otorga una prosa limpia y fluida que muestra la agudeza de su autor. La fácil lectura no exime a quien se enfrenta a ella a las posibles reflexiones que pueden surgir al analizar la compleja naturaleza de los personajes. Al llegar al final de este texto, la historia puede dejarnos con una desagradable sensación de desengaño en cuestiones humanas. Esta narración es deliberadamente sencilla, tanto por lo que se refiere a la estructura como al lenguaje utilizado. Carece de excesos barrocos a los que peden ser tan afectos algunos de los cuentistas hispanoamericanos contemporáneos. Rodríguez persigue efectos estéticos simplemente con su estilo depurado, de esta manera demuestra un dominio del lenguaje que deja clara su larga experiencia como narrador.

“Manías de lo etéreo” es un texto donde el abatimiento del narrador nos penetra poderoso como una tibia lluvia de verano. Imposible no disfrutarlo.

Abigaíl Martínez-Sotelo